

FLORES, MANUEL MARÍA (1840 –1885)

PASIONARIAS

TERCERA PARTE

(Traducciones, imitaciones y composiciones varias)

INDICE:

APARICIÓN
(Víctor Hugo)

YO AMO
(Alfredo de Musset)

¡DESPIERTA...!
(Víctor Hugo)

TO JENNY
(Lord Byron)

ANOCHE
(Víctor Hugo)

EL ARPA
(Lord Byron)

MÁS
(Canto eslavo)

¡Siempre amar...!
(Alfredo de Musset)

EL SILFO
(Víctor Hugo)

COLÓN
(Schiller)

MIRANDO AL CIELO

(V́ctor Hugo)

FRÍO
(Cuento bohemio)

GLICERE
(Horacio)

ELOÍSA
(E. Quinet)

JULIETA
(W. Shakespeare)

FRANCESCA
(Dante)

OFELIA
(W. Shakespeare - Hamlet)

CORO DE LOS ESPÍRITUS
(Goethe - Fausto)

CANCIÓN
(H. Heine)

UN ASTRO
(V́ctor Hugo)

FELICIDAD
(Lamartine)

EN LA PATRIA
(M. Hartman)

SOÑABA...
(Heine)

MALICIA
(Imitación de Vitorelli)

LAS FURIAS
(Lessing)

JAMÁS
(Campoamor)

LA ORACIÓN
(Flaubert)

LA ESFINGE
(Heine)

TERCERA PARTE

(Traducciones, imitaciones y composiciones varias)

Aparición
-(Víctor Hugo)

He visto un ángel blanco. Sobre mi sien tendía
sus alas deslumbrantes... Su frente en la sombría
tiniebla de la noche miré desaparecer.
«-¿Qué es lo que buscas, ángel, en la nocturna calma?»
le dije, y respondiome:
«-Yo, vengo por tu alma.»
Entonces tuve miedo, porque era una mujer.
-¡Oh, déjame mi alma! -gritele suplicante.
¿Adónde te la llevas, incógnito habitante
de yo no sé qué mundo...?
Y nada respondió.
-¿Te llevarás mi alma al emprender el vuelo;
y qué a mi pobre vida le quedará en el suelo?
El ángel se callaba... El cielo se enlutó.
-Viajero de los cielos, yo quiero conocerte.
¿Acaso eres la vida...? ¿Acaso eres la muerte?
El ángel se hizo negro, y dijo:
«-Soy Amor.»
Pero su faz de sombra más bella era que el día,
brillaban sus pupilas entre la niebla fría,
y vi tras de sus alas los astros del Señor.

YO AMO

(Alfredo de Musset)

¡Yo amo!, Es la palabra melodiosa
que al viento arroja la Creación entera,
a las aves del bosque

al arroyo que cruza la pradera...

¡Yo amo! Será el postrero
triste suspiro que la tierra lance,
cuando cayendo en la perpetua noche
el hondo arcano de su fin alcance.

¡Yo amo! También vosotras,
blancas estrellas que la noche viste,
también cantáis en la sagrada esfera
esta palabra encantadora y triste.
La más pequeña de vosotras quiso
de la creación en el supremo instante,
buscar en los espacios sin medida
al sol hermoso, su inmortal amante.

Y la amorosa estrella
a los espacios se lanzó profundos;
pero, también enamorada, de ella
otra fue en pos...
Y, desde aquel momento,
en marcha están los mundos
alredor del inmenso firmamento.

¡DESPIERTA...!

(Víctor Hugo)

Ya brilla la aurora y aun no abres tu puerta,
al beso del aura la flor está abierta
¿y aun duermes y sueñas, angélica flor?
Yo te amo y te canto, señora... Despierta...,
despierta, mi vida, que es hora de amor.

Despierta, señora,
y escucha al cantor,
que canta y que llora
su trova de amor.

Están a tu puerta llamando, alma mía,
dulcísimas voces, de blando rumor...
La aurora te dice: Abril soy el día.
El pájaro canta: Yo soy armonía.
Y mi alma suspira: Yo soy el amor.

¡Despierta...! Es la hora
del ave y la flor,
del alma que llora
sedienta de amor.

¡Arcángel, te adoro! ¡Mujer, yo te amo!
Mitades de un alma nacimos los dos;
por eso a tu vida mi vida reclamo,
por eso te canto, por eso te llamo,
por eso nos junta la mano de Dios.

Despierta, señora;
ya cesa el cantor,
ya pasa la aurora...
Mas queda el amor,

TO JENNY

(Lord Byron)

Hay una virgen de alma cariñosa,
tan tiernamente al corazón unida,
que separar su vida de mi vida
fuera lo mismo que romper las dos.

Hay un semblante pálido y hermoso
que siempre miro porque está en mi alma,
y que en la sombra de la noche en calma
vela con mi ángel cuando duermo yo.

Hay unos negros ojos, adormidos
a la sombra ideal de la pestaña,
cuya mirada celestial empaña,
la tristeza dulcísima de amar...

Ojos que buscan en los ojos míos
el idioma del alma silencioso;
ojos dichosos si me ven dichoso,
ojos que lloran si me ven llorar.

Hay la flor de una boca purpurina
que tan sólo mis labios han opreso...
Allí temblaba el inefable beso

del alma casta en su primer amor.

Hay una voz más grata a mis oídos
que el eco de una música del cielo,
voz de vaga ilusión, voz de consuelo
para el alma cansada de dolor.

Hay un cabello derramado en rizos
que entreteje mi mano cariñosa,
una cabeza lánguida y hermosa
que dulcemente desmayando va.

Hay un seno de amor, tibio y tranquilo,
donde reclino pálida mi frente
cuando la copa del dolor, ardiente,
el alma mártir apurando está.

Hay un amor tan grato como el sueño
que tuviera un arcángel en la gloria,
un amor para el mundo sin historia,
un amor que no sé cómo llamar.

Dos vidas que antes de encontrarse fueron
dos mitades de un alma desprendidas,
hoy, al hallarse para siempre unidas,
¿quién las puede de nuevo separar?

Dos corazones hay que a un tiempo mismo
palpitan de placer o se entristecen,
y cuanto más en adorarse crecen
más ávidos se sienten de pasión.

Dos almas de ventura tan suprema,
que cruel, al separarlas, la fortuna...
¿al separarlas...? ¡no...! sólo son una
que eterna vive de su eterno amor.

ANOCHE

(Víctor Hugo)

Ayer, el blando soplo del aura de la noche
de las agrestes flores que tarde abren su broche
traía hasta nosotros el embriagante olor...

La noche iba cayendo, los ruidos se adormían,
las alas de la sombra tranquilas envolvían
en su palacio de hojas al pájaro cantor.

El aire estaba tibio; su ráfaga ligera,
traía, en perfumado vuelo, de la pradera
cual de invisibles bocas besándose, el rumor...
Y leves susurraban las hojas de las palmas;
nupcial era la sombra... Allí de nuestras almas
abrióse a las estrellas la misteriosa flor.

Yo estaba junto a ella, su mano entre mis manos,
perdidos en la noche sus ojos soberanos,
en mi hombro reclinada la pensativa sien.
La hablaba en voz muy baja; porque era la hora santa
en que algo que va al cielo del alma se levanta,
y la mirada al cielo levantase también...

La noche suspiraba; besábanse las palmas;
el estrellado cielo estaba en nuestras almas,
flotaba en los espacios el alma del Amor...

.....
Y al asomar el blanco crepúsculo del día,
me dije recordando la imagen de María:
he visto entre la sombra el ángel del Señor.

EL ARPA

(Lord Byron)

Triste el ánimo está. Busca en el arpa,
en el arpa de Heber, esos gemidos
de la vibrante cuerda, tan queridos
a mi ya latigado corazón.
Si ha quedado, siquiera una esperanza
en el fondo de mi alma sin ventura,
despertará consoladora y pura
al eco de la triste vibración.

Si ha quedado una lágrima postrera
en mis áridos ojos escondida,
ruede por la mejilla enflaquecida
y ya mi corazón no abracará.
Pero quiero una música muy triste...

triste como el rumor de ese gemido
que exhala con su llanto, en el olvido
un corazón sin esperanza ya.

Triste como el sollozo con que damos
a la ilusión de amar la despedida,
triste como la lágrima vertida
por el recuerdo del amor primer.
Está llena de lágrimas el alma,
necesita llorar... ¡Ah! si no llora,
esta angustia cruel que la devora
acabará con mi cansado ser.

¡Tanto ha ya que alimento mis pesares
aquí en la soledad del alma mía;
tanto ha ya que padezco en la sombría
noche de mi existencia funeral;
que ya es tiempo que cesen mis dolores
a sufrir más mi corazón no alcanza!
O que brote en el alma una esperanza
al influjo de tu arpa celestial.

MÁS

(Canto eslavo)

Mirando los tumbos de la ola bravía
la niña decía:
«-¿Hay algo más vasto que el vasto Océano?
¿Hay algo querido aun más que un hermano?
¿Hay algo más dulce
quizá que la miel?»

Y un pez le responde, saliendo a la orilla:
«-¡Oh, niña sencilla!
El cielo es más vasto que el vasto Océano;
se quiere al amante aun más que al hermano,
y un beso es más dulce
que toda la miel.»

¡SIEMPRE AMAR...!

(Alfredo de Musset)

-¿Qué me importa la muerte...? ¿qué la vida...?
¡Quiero amar y de amor palidecer!
¡Tan sólo por un beso yo daría
la idea que sienta en mi cerebro arder!

¡Quiero, por mi mejilla enflaquecida
de la pasión las lágrimas sentir!
¡Quiero gozar la inexplicable dicha
de, por amar con frenesí, sufrir!

Quiero contar que herido de un engaño
juró no amar mi corazón jamás...
Y ahora es el juramento que hago
no vivir un instante, sin amar...

Corazón desbordado de amargura,
¡despójate de orgullo y de desdén!
Rasga ya la mortaja que te enluta,
vuelve a la vida y al amor también.

Después de haber sufrido -es el destino-
¡ay! es, preciso sin cesar sufrir;
después de haber amado ¡ay! es preciso,
¡amar... y siempre amar... hasta morir!

EL SILFO

(Víctor Hugo)

Estaba la noche muy negra, muy fría;
y ya moribunda la luz del hogar
tras góticos vidrios apenas lucía.
Adentro una niña... ¿velaba? ¿dormía...?
Alguno por fuera llamaba al cristal.

«-Soy en la límpida esfera
el hijo vago y risueño
del sol y la primavera,
un silfo... menos que un sueño.
Soy el espíritu errante
que desprende del rocío
la mañana al despertar,

soy del éter habitante,
y en la noche, por el frío,
soy el huésped del hogar.

Esta tarde, entre las flores,
una pareja dichosa
estaba hablando de amores
en voz baja y cariñosa.
Yo de muy cerca la oía;
cuando de pronto en un beso
que su palabra cortó,
cogieron un ala mía...
y aun estaba yo allí preso,
cuando la noche llegó.

Es ¡ay! demasiado tarde
para que yo entre a mi broche.
Estoy solo... soy cobarde...
¡Ábreme por esta noche!
Deja que duerma en tu lecho,
y cuando vierta la aurora
su luz primera me iré,
tendré lugar muy estrecho,
y te prometo, señora,
que muy poco ruido haré.

Mis hermanos han hallado
un albergue en el rocío;
solo y fuera me he quedado...
¿Adónde encontrar mi broche?
Tengo miedo... y tengo frío.
No hay una luz en el cielo,
en los campos una flor...
¡Ábreme por esta noche!
¡No tengas ningún recelo...!
¡Si yo soy... todo candor!

¡Ábreme! Sus densos flancos
pavorosa la tiniebla
de horribles espectros blancos
y negros fantasmas puebla.
Entre el follaje sombrío
como lívidas miradas
los fuegos fatuos se ven;
y sobre el agua del río
claridades azuladas

lúvidas flotan también.

¡Ábreme, señora mía!
Porque en los campos desiertos,
tras la colina sombría
están bailando los muertos.
A sus almas desveladas
da la noche pavorosa
un sudario de vapor.
Si esas fantasmas heladas
por divertirse, a su fosa
me arrebataran... ¡qué horror!

Si desoyes mi gemido,
¿buscaré los musgos viles
y disputaré su nido
miserable a los reptiles?
¡Ábreme por un momento!
Son cariñosos mis ojos
y mi palabra de miel;
sé remedar el acento
que oye, con dulces, sonrojos
la niña, de su doncel...

Además... ¡Soy tan hermoso!
¡Si vieras temblar lucientes
mis alas al sol radioso
blancas, puras, transparentes...!
Tengo los bellos colores
del lirio que me escondía
del tenebroso capuz,
y se disputan las flores
mi aliento, todo ambrosía,
y mi cuerpo, todo luz.

La ligera mariposa
es pesada junto a mí,
y sin perfume la rosa
ni belleza el colibrí,
cuando de gala vestido
con reflejos de topacios
y zafiro brillador,
voy en la luz escondido
visitando mis palacios,
como rey, de flor en flor.

Mas ¡ay! ¡en vano te imploro...!
Aquí nada tengo mío:
ni mis corolas de oro,
ni mis copas de rocío.
Yo te las diera, señora,
porque abrieras tu ventana
un instante para mí;
y no que vendrá la aurora
y triste verá mañana
que ante tu puerta morí.

En cambio del hospedaje
que en esta noche me dieres,
¿de un hada quieres el traje?
¿El velo de un ángel quieres?
Haré de tu noche, día;
y sin que corte el desvelo
tu deleite embriagador,
pasará tu fantasía
de los ensueños del cielo
a los ensueños de amor.

Pero en vano está mi aliento
empañando tu vidriera.
¿Crees que pérfido mi acento
la voz de un amante fuera?
No soy más que un silfo, errante
a quien lejos de su broche
un ósculo aprisionó,
pero no soy un amante...
¡Ábreme por esta noche,
porque soy un silfo yo...!»

El Silfo lloraba. De pronto, sonora,
cual dulce reclamo del alma que llora,
se alzó una voz triste que luego calló.
¿Qué voz era aquella?
La niña, sin miedo,
abrió la ventana, muy quedo, muy quedo...
Mas nadie ha sabido si al silfo la abrió...

COLÓN

(Schiller)

¡Marcha, marcha, Colón! Y si ese mundo
que pides al misterio del océano
no ha sido creado aún, de entre las olas
en premio de tu audacia
le hará surgir la omnipotente mano.
Porque existe en la gran Naturaleza
el eterno Creador, que de su arcano
levantando, portentos de belleza,
saber cumplir en toda su grandeza
las promesas del genio soberano.

MIRANDO AL CIELO

(Víctor Hugo)

El último destello de la tarde
murió en ocaso... Pálidas y bellas,
unas tras otras salpicando iban
el manto de la noche las estrellas.
Dulcemente en mi pecho reclinada,
tan pálida y hermosa como ellas,
mi lánguida María,
en voz muy baja, cariñosa y triste,
sonriendo me decía:

«-¿Qué buscan tus miradas en el cielo?
¿No estoy aquí? ¿no te amo?
Por mirar las estrellas no me miras,
ni escuchas que te llamo.
¡Oh! vuelve a mí tus ojos;
deja a los cielos en su eterna calma;
no los mires ya más... ¡Mira mi alma!»

«En esa oscuridad en donde apenas
el tímido lucero se divisa,
¿qué encontrarás que valga nuestro beso?
¿qué encontrarás que valga mi sonrisa?
¿Qué miras en los astros...?
¿Las miradas de amor son menos bellas?
Alza el vela de mi alma.
¡Cuán llena está de estrellas!»

«¡Cuántos soles! Escucha: cuando amamos
llevamos en el alma un firmamento.
El sol divino del amor, alumbraba
Pon inefable luz el pensamiento.
Y cuando la dulcísima tristeza
hija callada del amor la cubre,
en medio de esa noche, la esperanza
y los recuerdos adorados, brillan
como esos astros que tu vista alcanza.
La abnegación, el sacrificio, el llanto,
más bellos son que Venus cuando asoma
de la montaña sobre el pico agreste.
Cree mi palabra... el firmamento es nada;
el cielo de mi alma es más celeste.»

«Bello es mirar los astros que tachonan
de las sombras magníficas el manto;
bella es el alba y la Creación es bella;
mas nada tiene el inefable encanto,
de amarse con pasión. El mejor fuego,
la llama más espléndida y sagrada
es aquella que cambian en silencio,
dos almas, en la luz de una mirada.»

«Vale más un amor correspondido
en un rincón humilde de la tierra,
que todos esos ignorados soles
en que el Eterno, su secreto encierra.
Dios, el padre del hombre,
que al hombre siempre lo mejor ha dado,
puso lejos de él el vasto cielo;
la mujer, a su lado.
Ama y vive, nos dice dondequiera
su acento soberano;
ama y vive, mortal; es tu destino:
lo demás, es mi arcano.»

«¡Amemos! He aquí todo. Dios lo quiere.
Deja esos rayos pálidos que doran
la región de la sombra... Más hermosos
los verás en los ojos que te adoran.
Amar es comprender toda la vida
y presentir lo eterno.
El verdadero amor siempre ha juntado
alma más grande a corazón más tierno.»

«Ven ¡oh mi amor! ¿No escuchas
una música vaga que suspira
a nuestro alrededor...? Naturaleza
se cambia en una lira
y nuestro amor celebra... ¡Oh, dueño mío,
vaguemos entre el musgo y el rocío!
Ya no me des enojos,
no más mires al cielo;
estoy celosa de él... ¡mira mis ojos!

Con voz muy baja, cariñosa y triste,
así hablaba mi pálida María.
Brillaba el astro, suspiraba el viento,
la flor su copa de perfume abría,
y blanqueaba la luna el firmamento.

Tranquila soledad de mi retiro,
astros, noche de amor, tímidas flores,
¿adónde se perdió tanto suspiro?
¿Qué se hicieron, decidme, mis amores?

¡Qué triste es el destino! Aquel instante,
eternamente al corazón querido,
pasó como los otros... ¡Y quién sabe
si para Ella perdióse en el olvido...!

FRÍO

(Cuento bohemio)

La tarde era triste,
la nieve caía.
su blanco sudario
los campos cubría;
ni un ave volaba,
ni se oía rumor...

Apena en la nieve
dejando su huella,
pasaba muy triste,
muy pálida y bella,
la niña que ha sido
del valle la flor.

Llevaba en el cinto
su pobre calzado;
su hermano pequeño
que marcha a su lado
le dice:-«¿No, sienten
la nieve tus pies?»

«-Mis pies nada sienten»
responde con calma.
«El frío que siento
lo llevo en el alma;
éste de la nieve,
más recio no es.»

Y dice el pequeño
que helado tiritita:
«-¡Un frío más recio
¿Cuál es hermanita?
¡No hay otro, que pueda
decirse mayor...!»

«-Aquel que de muerte
las almas taladre;
aquel que en el alma
me puso mi madre,
desde que a mi esposo
me unió sin amor.»

GLICERE

(Horacio)

Reina de Pafos y de Gnido, Venus,
deja de Chipre el encantado sitio,
y ven aquí, donde Glicere tiene
de placer y de amor mágico asilo.
Y que las gracias de cintura suelta,
y que las ninfas de semblante lindo,
y el que alegra los años juveniles
grato y feliz amor, vengan contigo.

De Júpiter el hijo y de Semele,
y los deseos eróticos aun vivos,
quieren que entregue el corazón cansado

a los amores que juzgué perdidos.
Y me abraso por ti, rubia Glicere,
y me enamora tu semblante altivo,
y de tu tez la nieve immaculada
como el mármol de Paros terso y fino.
Y me enamora tu habla melodiosa,
tu continuo reír provocativo,
y de tus ojos húmedos el fuego,
y tu desdén también y tu capricho.

Venus me sigue por doquier, me sigue;
conmigo va, detiéndose conmigo,
en contacto de fuego a mí se acerca
domina mi razón y mi albedrío.
Y ya no mas contra el feroz escita,
ni contra el parto, huyendo tan temido,
mi lira tiene cuerdas... Ya no sabe
sino de amor los deleitosos himnos.
Apresúrate y ven rubia Glicere.
Apresúrate y ven al lado mío,
trayendo de marfil la dulce lira
grata como el aliento del céfiro;
y a modo de las hijas de Laconia
el sedoso cabello recogido.

¡Ven, Glicere gentil! A mí te acerca
como enantes feliz; cese el desvío.
Te quiero junto a mí más impetuosa
que las férvidas ondas del henchido
Adriático, que Eolo, de Calabria
en el golfo, alza en áspero rüido.

Mientras del lobo perseguido sea
el balador cordero, y el marino
tema de Orión el tormentoso influjo,
y acaricien los trémulos céfiros
de Apolo, la dorada cabellera,
te daré por tu amor el amor mío.

¡Que resuene el festín grato a los dioses!
¿Dónde la flauta está del Berecinto?
¿Qué hace el oboe junto a la lira muda?
Rosas traedme del jardín vecino,
y resalte en la nieve de mis canas
de su corona el purpurino brillo.
Saca del fondo de la cueva, esclavo,

el sécubo oloroso, envejecido,
y en la cercana fuente me refresca
la ánfora esbelta de falerno rico.

En tanto, yo celebraré a Neptuno:
y escucharán también plácidos himnos
las nereidas de verde cabellera,
mientras ofreces de tu lira el ritmo
a las flechas de Diana y a Latona.
Luego mis cantos alzaré contigo
a quien reina en la Cíclades, y vuela
en un carro por cisnes conducido;
y nuestro himno, final será a la noche
del misterio nupcial muda testigo.

¡Ea! Poned sobre el altar de césped,
junto a la copa del sagrado vino,
eslavos, el incienso y la verbena.
Tributemos el culto merecido,
y la caliente sangre de la víctima
haga acepto a la Diosa el sacrificio.

ELOÍSA

(E. Quinet)

...Sí, me acuerdo: llamábame Eloísa
cuando él también llamábase Abelardo...

Los cielos, esos cielos sin medida,
no son tan vastos que encerrar pudieran
el infinito amor del alma mía.
Del claustro las baldosas funerales
mi seno no enfriarían... Está encendida
la llama de mi amor; bajo la muerte
mi imposible esperanza aun está viva...
¡Cuántas veces en medio de la noche,
allá en mi celda solitaria y fría,
levántome a abrazar ¡oh, mi Abelardo!
tu sombra tan hermosa y tan querida...
Sobre tu corazón está mi cielo,
tú eres mi fe, mi religión, mi guía,
tú mi Cristo también... ¿No soy, acaso,
esposo de mi amor, tu prometida...?

Nuestra tumba será mi Paraíso;
y para siempre allí, no quiero el día.
¡Que mis huesos se junten a tus huesos,
tu ceniza se mezcle a mi ceniza...!
¡Y eternamente así, para nosotros
no haya resurrección... no haya otra vida...!

JULIETA

(W. Shakespeare)

¡Oh, noche, ven a mí! Trae a Romeo,
noche querida y triste;
virgen sagrada de la frente negra
que ya juntos nos viste.

¡Oh, noche, ven a mí! ¡Trae a Romeo!
y de tu niebla fría
¡luz y calor será...! ¡Que su presencia
haga en la noche, día!

¡Oh, noche, ven a mí...! ¡Trae a Romeo!
y entre tu densa bruma
como la nieve brillará, del cuervo,
sobre la negra pluma.

¡Oh, noche, ven a mí...! ¡Trae a Romeo!
y su ceniza fría,
¡cuando llegue a morir, dispersa en astros
te alumbre como el día!

FRANCESCA

(Dante)

«La tierra en donde vi la luz primera
es vecina del golfo en que suspende
el Po, ya fatigado, su carrera.

Amor, que sin sentir, al alma prende,
a éste prendó del don, que arrebatado
me fue de modo que aun aquí me ofende.

Amor, que obliga a amar al que es amado,
juntos a los dos con red tan fuerte
que para siempre ya nos ha ligado.

Amor hirieron con terrible suerte;
y está Caín de entonces esperando
aquí al perverso que nos dio la muerte.»

Palabras tan dolientes escuchando
incliné sobre el pecho la cabeza,
y ¿en qué -dijo el Poeta- estás pensando?

Y respondí, movido de tristeza.
¡Ay de mí! ¡Cuánto bello pensamiento,
cuánto sueño de amor y de ternura

los condujeron al fatal momento!
Y vuelto a ellos -¡oh, Francesca!- dije,
al corazón me llega tu lamento,

y de tal modo tu dolor me aflige,
que las lágrimas bañan mi semblante.
Pero tu triste voz a mí dirige,

y dime de qué modo, en cual instante,
cuando tan dulcemente suspirabais,
y en el fondo del alma, vacilante,

tímido aún vuestro deseo guardabais;
dime de qué manera inesperada
os reveló el Amor que os adorabais?

Ella me respondió: -¡Desventurada!
¡No hay pena más aguda, más impía,
que recordar la dicha ya pasada

en medio de la bárbara agonía
de un presente dolor...! Y esa tortura
la conoce muy bien el que te guía.

Mas ya que tu piedad saber procura
el cómo, aquel amor rasgó su velo,
llorando te diré mi desventura.

Leíamos con quietud y grato anhelo

de Lanceloto el libro cierto día,
solos los dos y sin ningún recelo.

Leíamos..., y, en tanto sucedía
que dulces las miradas se encontraban
y la color del rostro se perdía.

Un solo punto nos venció. Pintaban
cómo, de la ventura en el exceso,
en los labios amados apagaban

los labios del amante, con un beso,
la dulce risa que a gozar provoca;
y entonces éste, que a mi lado preso

para siempre estará, con ansia loca
hizo en su frenesí lo que leía...
Temblando de pasión, besó mi boca...
Y no leímos más en aquel día.

OFELIA

(W. Shakespeare -Hamlet)

Estaba sola; entró, tomó mi mano
con fuerza la estrechó,
y con la otra apretándose la frente,
como si fuera a dibujar mi rostro
de hito en hito, en silencio, me miró.

Así permaneció por mucho tiempo,
así permaneció...
Febril, de pronto, sacudió mi brazo;
y dos veces y tres, la frente lívida,
siniestra y triste, levantó y bajó.

Y de lo más impenetrable y hondo
del corazón, oí
que un suspiro lanzó... pero suspiro
que, rompiéndole el pecho, iba a morir.

Y luego, de mi lado lentamente
alejarse le vi...
pero vuelta la faz sobre la espalda,

su camino sin ver, pasó la puerta,
los ojos fijos... fijos... sobre mí...

CORO DE LOS ESPÍRITUS

(Goethe -Fausto)

¡Despareced, arcadas de la sombra!
y tras el roto, velo,
la claridad dulcísima sonría
en el zafir espléndido del cielo.

Y que pasen las nubes fugitivas,
y que pasen sus rastros,
dejando cintilar, pálidos soles,
con tibio rayo los pequeños astros.

Bellezas del ideal, hijas del cielo
que sueña la esperanza,
cerrad en torno de gentil mancebo
el giro voluptuoso de la danza.

Destrenzad la rizada cabellera,
desatad la cintura,
despojaos de la túnica que encubre
la ardiente desnudez de la hermosura;

y dejadla caer allá del prado
en el boscaje verde,
donde a la hora lasciva de la siesta
la pareja de amor entra... y se pierde.

¡Oh, la tierna verdura de los sotos!
¡Oh, brazos de las vides!
¡Oh miosota azul, que en la ribera
está diciendo, al corazón «No olvidés!»

Amontona la viña sus racimos,
se alegran los hogares,
el vino, salta en espumosas olas
y la púrpura corre en los lagares.

Criaturas del Señor, almas aladas,
¡tended el raudo vuelo!

Allá a lo lejos, horizontes de oro,
islas de amor confinan con el cielo.

Todo allí es libertad, risas y juegos
en la campestre alfombra,
y por las noches, al brillar los astros,
los misterios nupciales de la sombra.

Espíritus de amor los pasos guían
de tantos amadores,
a la tranquila, luminosa cumbre
de la colina rebosando en flores.

¡Criaturas del Señor, id a la vida!
Hay flores en el suelo...
cortadlas... y mirad para vosotras
una estrella de amor, fija en el cielo.

CANCIÓN

(H. Heine)

¡Que hay en mis versos veneno...!
eso dices... ¿Cómo no
si de veneno llenaste
mi vida y mi corazón?

¡Que hay en mis versos veneno...!
y ¿cómo no haberlo, di,
si en mi alma llevo serpientes
y además te llevo a ti?

UN ASTRO

(Víctor Hugo)

Una tierra infeliz, áspera y dura
donde trabajan tristes los vivientes,
empapadas las almas de amargura
y de sudor las abatidas frentes;
campos de sol y estériles arenas
que en cambio de trabajo y de quebranto

a una raza maldita dan apenas
pan miserable que humedece el llanto;
los hijos del oprobio engrandeciendo;
orgullosas ciudades delincuentes,
de donde las virtudes van huyendo
y las manos torciéndose dolientes;
el orgullo infernal hallando abrigo
lo mismo del magnate bajo el techo
que dentro del tugurio del mendigo;
el odio y el dolor en cada pecho:
sobre las cumbres las espesas nieblas;
la inocencia y justicia prostituidas;
la muerte, espectro ciego, en las tinieblas
riendo feroz y arrebatando vidas;
aquí las soledades abrasantes,
allá del polo los eternos hielos,
océanos que rebraman espumantes
escupiendo su cólera a los cielos;
y todas las pasiones engendrando
todos los males, todos los dolores;
las grutas a las fieras abrigando,
ocultando a los áspides las flores;
continentes cubiertos de humo y ruido
donde la guerra infame centellea;
luto, crimen y llantos y rugido
salvaje del furor de la pelea;
pueblos que se desgarran palpitantes
del odio de Satán, de rabia y celo,
sangrientos, rencorosos, blasfemantes...
¿Y todo esto es un astro allá en el cielo?

FELICIDAD

(Lamartine)

Como es blanca la página ofrecida
a mis versos aquí por tu amistad,
blanco es también el libro de tu vida;
si lo pudiera yo, niña querida,
escribiría en él: Felicidad.

Variante
Blanca es la hoja
por ti ofrecida

aquí a los versos
de la amistad,
blanco está el libro,
aun de tu vida...
Si yo pudiese,
virgen querida,
en él pusiera:
Felicidad.

EN LA PATRIA

(M. Hartman)

La dulce claridad de la mañana
apareciendo ya,
en la tierra cubierta de rocío
veía reflejar.
Estaba yo sentado de una casa
en el modesto umbral,
era aquella la casa de mi madre,
aquel era mi hogar.
Las ventanas cerradas y las puertas
me puse a contemplar,
y corrían por mi rostro muchas lágrimas,
y corrían más y más.
Estaba yo a la puerta de mi casa;
y no quería llamar;
no quería ahuyentar el blando sueño,
el sueño matinal,
de aquellos ojos, cielo de los míos,
que tantas veces ¡ay!
que tantas veces sólo por mi causa
lloraron sin cesar.
Dicen que el sueño tregua da a las penas
que afligen al mortal,
fuerza da al corazón para que pueda
más penas soportar;
que el dulce sueño que mi santa madre
aun disfrutando está,
fuerza la dé esta vez para la dicha
de verme al despertar.

Y lleno el corazón de una ternura
que no puedo explicar,

con los ojos mojados, y temblando
besaba aquel umbral.
Porque en aquel umbral en que mi labio
posaba con afán,
el polvo, de las plantas de mi madre
aun estaba quizás.
En este mismo umbral los afligidos
detiéndense a buscar
para sus corazones, esperanza,
para sus labios, pan.
¡Cuántas veces he visto de mi madre
la ardiente caridad,
la dádiva celeste del consuelo
a su óbolo agregar!
¡Oh! si me ha sido grato, de la vida
en la lucha mortal,
sufrir por los que sufren, y mi llanto,
a los que lloran dar;
si he podido llegar al sacrificio,
al martirio quizá
por los que sufren, temblorosos miembros
del Cristo celestial:
yo sé a quién debo, por haberlo hecho,
mi gratitud alzar;
yo sé a quién debo que jamás en mi alma
se entibie la piedad.
Si las chispas de amor que hay en mi pecho
no han de morir jamás,
yo sé de qué alma vienen a la mía,
y yo sé de qué hogar.

Yo canto a la mujer santa y sencilla
que ignora en su bondad
¡cuánto en su corazón hay de sublime!
¡cuánto de celestial!
Yo canto a la mujer que se llenara
de asombro sin igual,
si llegara a saber que sus virtudes
quiero glorificar.
Canto a mí mismo corazón, mi madre,
el ángel del hogar;
y tiembla mi alma de ternura, y siento,
mis lágrimas rodar.

SOÑABA...

(Heine)

Soñaba yo... Mis párpados henchidos.
de lágrimas sentía;
soñé que estabas en la tumba, muerta,
y muerta te veía...
Era un sueño no más pero despierto
lloraba todavía.
Estaba yo soñando, y por la cara,
el llanto, me corría,
soñé que te arrancaba de mi lado,
alguno, vida mía...
Era un sueño, no más, pero despierto
lloraba todavía.
Soñaba yo... Me ahogaban los sollozos,
el llanto me bebía...
Estaba yo soñando que me amabas,
¡soñando que eras mía!
Era un sueño no más, no más que un sueño,
y lloro, más que nunca, todavía.

MALICIA

(Imitación de Vitorelli)

Supe que al primer destello
que lanza al mundo la aurora,
te levantaste, señora,
inquieta de... no sé qué.

Supe que a la hora terrible
en que el alto sol abrasa,
te saliste de tu casa
buscando... yo no sé qué.

Supe que, en tu faz hermosa
echando un discreto velo,
te fuiste a mirar el cielo,
allí... donde no se ve.

Supe...

-Mas ¿quieres decirme

quién te informó de ese modo...?
Malicia, que sabe todo,
malicia, que todo ve.

LAS FURIAS

(Lessing)

«-Mis Furias están ya viejas y torpes»,
Plutón dijo a Mercurio, mensajero
que se halla de los dioses al servicio.
«Necesito cambiarlas: ve a la tierra,
y búscame tres mozas
lozanas y capaces del oficio.»

Desde luego, Mercurio, diligente,
el coturno con alas
como pudo calzose prontamente,
y atravesando las etéreas salas,
ligero y volador como ninguno
a la tierra subió.

La diosa Juno,
poco tiempo después a su doncella,
esto es, su camarista, Isis bella,
también le dijo: «-Mira: Citerea,
con mengua del honor de las mujeres,
se jacta de que ya no hay en el mundo
ninguna de ellas que su fiel no sea
y que culto no rinda a los placeres.

Para burlarme de ella y del dios ciego
baja a la tierra luego,
y tráeme por lo menos, tres doncellas;
mas... doncellas... ¿entiendes?
enteramente castas todas ellas.»

Isis partió también. Valle y montaña,
alcázar y cabaña,
ciudad, pueblo, aldehuela, y aun ermita,
todo lo registró la pobrecita;
mas ¡ay! que todo en vano;
y paso a paso y mano sobre mano,
cansada y triste, regresó solita.

«-¡Cómo! ¿es posible...? ¿sola? -gritó Juno mirándola llegar con faz airada.
¡Oh virtud! ¡oh, pureza...! ¿Conque nada?»

Isis le dijo: «-¡Nada! ¡Qué oportuno hubiera sido, el viaje más temprano!
Estuviera cumplido
¡oh, diosa! tu mandato, soberano;
hubiérate traído
lo que tú me pediste... tres doncellas.

Las encontré en verdad; y eran de aquéllas que nunca conocieron un amante,
que jamás le pusieron,
jamás, a hombre ninguno buen semblante;
ni en sus glaciales senos
consintieron la llama devorante
de amorosa pasión... ni mucho menos.
Tres doncellas, en fin (sin que esto alarde sea de ojo certero),
purísimas, castísimas, sin pero,
como tú las querías... ¡Llegué tarde...!»
«-¿Cómo tarde?»
-Mercurio en este instante
para el fiero Plutón las embargaba.
«-¡Eso no puede ser...! ¡Cuando pensaba vengar yo de su sexo las injurias...!
Y..., ¿para qué las quiere?»
«-¡Para Furias!».

JAMÁS

(Campoamor)

¡Adiós, mi bien! Es el postrer instante...
Pero seca en tu pálido semblante
¡ay! ese llanto que vertiendo estás,
Lejos me voy, tristísimo y errante,
más no te olvida el corazón jamás.
¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! La noche de la ausencia
enlutará mi huérfana existencia
y tú mi corazón no alumbrarás;

en vez de tu dulcísima presencia
tu bella imagen miraré no más.
-¿No más?

¡No más, mi bien! Levanta tu cabeza,
déjame ver tu pálida belleza
aun otra vez... la postrimer quizás.
De este tu adiós supremo la tristeza,
¡ay! ¿cómo, ingrato, olvidaré jamás?
-¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! En mi alma, dondequiera,
hasta el instante de mi luz postrera,
la inolvidable, la única serás...
Y tú ¿me llorarás cuando me muera?
¿En mí tan sólo pensarás no más?
-¡No más!

¿No más, mi bien? De querubín el canto
es la palabra que diciendo estás...
¡Adiós...! ¡Un beso...! ¡Beberé tu llanto...!
-¿Te olvidarás de la que te ama tanto...?
-¡Jamás, mitad del corazón...! ¡Jamás...!

LA ORACIÓN

(Flaubert)

Por la mañana en el desierto inmenso
humeaba el arenal, y sus vapores
se alzaban cual las nubes del incienso.
Luego, en la tarde, cuando el sol moría
de ocaso entre los tibios esplendores,
de oro y de fuego deslumbrantes flores
en el madero de la cruz ponía.
Y por la noche, cuando ya la oscura
majestad de la sombra acrecentaba
el solemne pavor de la llanura,
y de estrellas el cielo se llenaba;
cuando tan sólo se escuchaba incierto
ese rumor apenas percibido
que parece el suspiro del desierto
en su infinita soledad dormido;
entonces a mi espíritu perdido,

en su éxtasis de fe, le parecía
que ese vago rumor, que la honda noche,
y el silencio, los seres, y las cosas...
Naturaleza toda que yacía
en tal recogimiento,
mientras oraba sobre el polvo frío
de mi lóbrega gruta, se juntaban,
se juntaban a mí para llevarte
mi alma y mi fe con mi oración, ¡Dios mío...!
¿Y ahora...? Rezos, plegarias, asunciones
de alma a Dios, extáticas visiones
que llenaban de júbilo mi pecho,
trasportes del espíritu en el santo
fervor de la oración... ¿qué os habéis hecho...?

LA ESFINGE

(Heine)

Por el antiguo bosque del encanto,
del vago ensueño y misterioso asilo,
caminaba al azar y sin espanto.

Su blando aroma derramaba el tilo
y de inefable paz mi alma llenaba
de la alta luna el esplendor tranquilo.

Profundo era el silencio que reinaba;
pero de pronto acarició mi oído
la música de una ave que cantaba.

Era el canoro ruiseñor hundido
en la blanda espesura de las hojas
que cantaba, volando, junto al nido,

los goces del amor y sus congojas.
Pero aquel su volar era tan triste
como el suspiro, corazón, que arrojas

recordando la dicha que perdiste;
mientras que tan alegre era el lamento
cual tu esperanza cuando niño fuiste.

Así es que al escuchar aquel acento,

tan triste y tan alegre a un tiempo mismo,
levantarse sentí en mi pensamiento,

como del vago fondo de un abismo,
esperanzas, recuerdos y tristezas
con mis viejos ensueños de idealismo.

Siguiendo entre las bravas asperezas
de aquella hermosa selva, vi que erguía
un castillo, sobre áridas malezas

su vieja torre en ruinas, y sombría.
En las almenas de zarzal cubiertas
ningún viviente ser aparecía.

Las ventanas cerradas y las puertas
estaban, y silencio pavoroso
reinaba en torno de las cosas muertas,

como si aquel recinto misterioso
la misma muerte hubiérase escogido,
para el horrible hogar de su reposo.

Ni una voz, ni un acento, ni un gemido:
era aquella la ausencia de la vida,
en el silencio eterno del olvido.

Del castillo a la puerta derruida,
y en granito durísimo tallada
la misteriosa Esfinge vi tendida.

Era su aspecto horrible a la mirada,
pero atractiva a la ánima medrosa.
Con cuerpo estaba de león formada

y rostro y seno de mujer
de mujer hermosísima. Brillaba
su pupila salvaje y voluptuosa

con sensual embriaguez, y desmayaba,
mientras el beso del placer ardiente
en su labio de piedra palpitaba.

Sintió terror el ánima tremente,
pero al par que terror sintió contento.
Entonces el ruiseñor cantó impaciente

y ya no puede resistir... Violento
a la Esfinge di un beso... Y mi alma loca,
presa quedó de aquel encantamiento.

Porque vida y acción cobró la roca,
la Esfinge suspiró con embeleso,
¡y, con sed ardentísima, en mi boca

bebió toda la llama de mi beso...!
Y yo sentí que mi postrer instante
se me escapaba entre sus brazos preso.

Pues mientras que convulsa, jadeante
de voluptuosidad me acariciaba,
mi carne estremecida y palpitante

con sus garras de fiera destrozaba,
y entre horribles dolores y delicias
sin nombre y sin igual, me aniquilaba.

¡Oh de la muerte vívidas primicias!
¡Oh martirio sin fin, oh goce eterno!
¡Oh lágrimas mezcladas con caricias!

En tanto que la garra me rompía
la carne, y penetraba hasta mis huesos,
yo de placer y de dolor moría

al contacto monstruoso de sus besos...
y cantó, el ruiseñor allá en la oscura
soledad de los árboles espesos:

«-¡Oh secreto del cielo y de natura!
¡Oh amor, oh bella esfinge! ¿por qué enlazas
en tu seno el placer a la tortura?

¿Por qué con garra el corazón abrazas?
¡Oh inexplicable Amor, Esfinge hermosa!
¿por qué, cuando acaricias, despedazas...?

¿Cuál es, di, la palabra misteriosa
que el hondo enigma de tu ser esconde?»
Cesó el canto la Esfinge pavorosa
en piedra convertida, no responde.

FIN